

ciones y falta de garantías, máxime siendo conocidos como verdaderos católicos y muy honrados ciudadanos. Tales son, y de toda evidencia, los hechos y causas que han venido desarrollando y formando el cuadro desolador que hoy ostenta nuestra infortunada patria; lisonjero únicamente para los desnaturalizados hijos de México, convertidos en especuladores sin freno y sin ley, lo mismo que para tantos otros extraños impíos y sectarios que han venido á improvisar sus colosales fortunas y á coadyuvar con los descreídos mexicanos á fin de realizar sus satánicas miras de empobrecernos y descatolizarnos. . . . Demasiado han logrado; y causa sumo dolor ver como han pervertido y seducido á tantos miserables de los nuestros, á quienes se les halaga con utopías insensatas de goces y de esperanzas que nunca alcanzarán, propinándoles un pedazo de amargo y negro pan, (los empleos y destinos políticos y civiles) á trueque del más horrendo y funesto sacrificio de la conciencia y de los sanos principios en que fueron educados y deberían conservar á todo trance.

No obstante, cuanto dejamos expresado como causa del entorpecimiento de la sabia y pacífica administración eclesiástica en nuestro país, incluyendo en ella el trastorno y suspensión de las colectas para Tierra Santa, generalmente bien establecidas hasta el principio de la época revolucionaria; pero que después se han venido organi-

zando de la manera posible en las circunstancias, y habiendo Nos tenido en esta reorganización una muy principal parte, como Comisario General de Tierra Santa, cuyo oficio desempeñamos por seis años consecutivos hasta nuestra elevación al Episcopado; acatando hoy con toda reverencia y sumisión la Voz santa é imperiosa de Ntro. Smo. Padre el Sr. León XIII, como ya os lo hemos expresado, debemos inculcaros de nuestra parte el gravísimo peso de esta sagrada obligación en aprontar vuestros socorros pecuniarios para las necesidades de Tierra Santa, hoy más urgentes que nunca, puesto que nuestra obligación mencionada es de toda justicia, y á ellas nos compelen, además, la piedad y la misericordia, y sobre todos estos deberes, el de nuestra inmensa gratitud por los beneficios de infinito valor, que aun en esta vida se nos prodigan con gloria y honor inestimables.

Sí, carísimos hermanos é hijos nuestros, y fieles hijos de la Iglesia, como que lo somos de Jesucristo Nuestro Señor; quien con tanta dignación de su amor y misericordia infinita, nos redimió con el precio de su vida, pasión y muerte en aquellos Santos Lugares; estamos obligados por la más estricta justicia á mandar los subsidios y socorros, según nuestra posibilidad, para sostener y cuidar tan preciosa herencia legada á nosotros por nuestro Divino Salvador, como es claro y evidente. Así se comprendió desde un principio por

los Apóstoles y primeros cristianos: y sirvan de ejemplo y de irrefutable testimonio la conducta y autoridad del Apóstol San Pablo, quien, como se lee en el Capítulo XV de su Epístola á los romanos, ofreció á estos visitarlos en su tránsito para España al partir para Jerusalén, á donde lo llevaba el deber de auxiliar á los fieles de aquellos Lugares con las colectas de limosnas que los de Macedonia y Acaya habían reunido para los pobres de Jerusalén; diciéndoles á los mismos romanos: "porque así lo tuvieron por bien, y porque les son deudores. Porque si los gentiles han sido hechos participantes de sus bienes espirituales: deben también ellos asistirles en los temporales." Se ve aquí toda la solicitud del Santo Apóstol en ocurrir á dichas necesidades; y si en las expresadas palabras dirigidas á los romanos les hacía una tácita exhortación para que imitasen la conducta de los de Macedonia y Acaya, enseñábales al mismo tiempo ser una cosa muy justa y muy debida esta cooperación para auxilio de los Santos Lugares y para los fieles que de ellos cuidaban. Jesucristo mismo reprendiendo á los fariseos por su avaricia y hallándose interiormente llenos de los más detestables sentimientos de rapiña é iniquidad, les dijo: "necios . . . esto no obstante, lo que tenéis á más de lo necesario, dadlo de limosna y todas las cosas os serán limpias" (Luc. Cap. XI. 40. 41.) dándoles á entender que las cosas son limpias para los que usan como deben de los bie-

nes que han recibido de Dios y que no defraudan á los pobres. Los Santos Intérpretes y Doctores deducen de dichas palabras la obligación de socorrer á los necesitados so pena de pecado mortal; y según ellos, la limosna en la Sagrada Escritura se denomina justicia, porque de justicia deben socorrerse á los pobres. Isaías lo dice en el Cap. LVIII: "parte con el hambriento tu pan, y á los pobres y peregrinos mételes en tu casa: cuando vieres al desnudo, cúbrelo y no desprecies tu carne. Entonces tu lumbre saldrá como la mañana, y tu sanidad más pronto nacerá y tu justicia irá delante de tu cara y te recojerá la gloria del Señor." Se ve pues que á los que practican esas obras de justicia se les prometen singulares bienes y la gloria eterna del Señor; y siendo de toda justicia auxiliar á los heroicos hijos de Francisco hermanos nuestros, desde luego se comprende toda la gloria y honor que aquí se nos promete.

La misma razón nos persuade no sólo de la justicia en atender y socorrer las necesidades, cada vez más graves y urgentes, de Tierra Santa y de los pobres Religiosos que ahí se sacrifican de día y de noche por conservarlos y guardarlos con todo el decoro correspondiente, y en proporción de las limosnas que se les mandan, sino que también por piedad, misericordia y gratitud debemos ser solícitos en auxiliarlos con nuestras oblaciones. Bástenos considerar que en aquellos Santos Lugares el Hombre Dios ejecutó los Augustos Misterios

de nuestra redención, para nunca olvidar tan inmenso beneficio. Obrar de esta manera, y sin olvidar los sufrimientos y sacrificios, aun de su propia vida, de los Religiosos Franciscanos, dedicados constantemente á la custodia de tan preciosos tesoros, es recordarlo que místicamente debe interpretarse de los sentidos lamentos del Profeta Jeremías: "*Recordare paupertatis et transgressionis meae absinthii et fellis;*" en cuyas palabras nos da á entender que nuestros ojos deben siempre dirigirse hacia Aquel que vivió en suma pobreza por amor y salud de los hombres, siendo el Señor de todas las riquezas y tesoros del mundo; y quien, siendo esencialmente dichoso y feliz, quiso apurar la hiel y la mirra, ser saturado de oprobios y morir entre las ignominias de la Cruz. Porque ciertamente: todos estos santos y saludables recuerdos son para todo verdadero cristiano los más tiernos y eficaces resortes que deben excitar su piedad y misericordia para llevar ó mandar no solamente los socorros pecuniarios que la justicia y la caridad les impone, sino hasta para emprender largas y penosas peregrinaciones con el fin de ir á prosternarse en aquellos Lugares Sacrosantos, empapándolos con sus lágrimas y aun sacrificando por ellos su vida.

Sí: y ahí están esos solemnes y brillantes testimonios, que desde la Sma. Madre del Divino Salvador, las piadosas mujeres que la acompañaban, los santos Apóstoles y centenares de los primeros

discípulos de Jesús, que visitaban aquellos Santos Lugares con piedad, ternura y amor tan fervientes, que su mismo ejemplo sirvió como de estandarte el más glorioso á millares y millares de mártires, de confesores muy insignes y de vírgenes y de matronas de la mayor celebridad, quienes concurren de todas las partes del mundo, y según que la Iglesia se dilataba por todos los confines de la tierra, á aquellos Lugares Sacrosantos, atraídos de la fe y devoción en que se abrasaban sus corazones rebosantes de gratitud, de piedad y de religión, como convocados por las proféticas alocuciones de los Profetas, máxime de Isaías, (Cap. XI. 10.) quien levantando su voz y dirigiéndose á los de su pueblo y á todas las naciones venideras, anunciábales que el pimpollo de la raíz de Jessé y caudillo de todas ellas tendría un sepulcro glorioso "*et erit Sepulcrum eius gloriosum.*" Y ¿quién puede dudar de esta verdad siempre palpitante, que sucesivamente y con maravillosos esplendores ha brillado á los ojos de millones de cristianos, y despertando en ellos el interés más vivo por conservar y dar todo el honor y gloria correspondientes á Monumentos tan insignes, como lo acredita la historia de las Cruzadas, y cuyos ansiosos y valerosos campeones, armados de fe y de caridad no menos que de sus instrumentos de guerra, como sedientos siervos corrían hacia aquellos Lugares para apagar en ellos su devoción y los instintos de su valor he-

roico, prorrumpiendo en himnos y cánticos de acción de gracias aun en los momentos supremos de sucumbir en las batallas, felicitándose de derramar su sangre en obsequio de Jesucristo su Divino Salvador y en honra de la preciosa herencia que trataban de conquistar del poder de los Sarracenos?

Llegó su hasta aquí á los denodados ejércitos de la Cruz; y Dios en sus altísimos juicios, para probar al mundo sus maravillosos designios en confundir á los fuertes y poderosos por medio de instrumentos débiles, confiando á estos sus grandes y providenciales empresas, sin cuidarse de los que habitan soberbios palacios y desvirtúan la más noble de las causas con miras rastreras de la política humana; suscitó en el siglo trece y en el seno de la Italia un hombre pobre y á los ojos de los hombres despreciable, pero muy acepto á sus divinos ojos; y sin más armas que la oración, sin más tesoros que la pobreza y sin otro apoyo que la confianza en la Providencia, emprendió llevar á cabo la obra tan grandiosa que había sido el objeto de las Cruzadas. Este hombre fué el Serafin de Asís, profetizado por Sofonías y el escogido para heredero del más rico patrimonio de la Iglesia, esto es, los Lugares Santos de nuestra redención. El Profeta había dicho: *“Yo quitaré de en medio de ti aquellos que nutren tu orgullo, (habla de Jerusalén) y no irás en adelante soberbia y erguida por causa de mi santo monte. Deja-*

*ré en medio de ti un pueblo POBRE Y HUMILDE QUE PONDRÁ TODA SU ESPERANZA EN EL NOMBRE DEL SEÑOR.”* Hé aquí perfectamente descrita la humilde y pobre familia de Francisco, que no cuenta con otro mayorazgo que la pobreza evangélica, ni con otras armas que la humildad, la constancia y la confianza en Dios.

Y muchos siglos há que Jerusalén no está bajo el cetro de reyes que puedan engreirse con la posesión del santuario y nutrir su orgullo con la de la Ciudad Santa; desaparecieron las cohortes, las milicias y las curias que, olvidadas de los Santos Lugares sólo atendían á ostentar su fausto y vanidad haciendo así un doloroso contraste con el pacífico Salomón coronado de espinas por su madrastra la Sinagoga. Hoy en su lugar se encuentra un pueblo pobre y humilde, un ejército reducido, armado de la caridad y santa solicitud para guardar las reliquias de la casa de Israel. “Este cambio de cosas, dice un historiador y cronista franciscano de nuestros días, sucedía por los años de 1219 cuando Francisco echó los cimientos de su religión en Oriente. La Iglesia veía con placer la pequeña grey de los Menores, y Gregorio IX exhortaba al clero oriental para que prestase toda su asistencia y permitiese fabricar oratorios y conventos á dichos religiosos; pues que no les movía otra cosa que la salud de las almas, ni otra cosa buscaban al rededor de la tumba del Salvador, que tributarle honor y entonar

cánticos de alabanza, (29 de Enero de 1230.) El Cardenal Vitriaco les llamaba atletas de Cristo, y los guardias de la casa de Israel constituidos sobre los muros de Jerusalén, para honrar el nombre de Jeováh. El Sultán de Egipto, que con su espada había arrojado las huestes de los Cruzados, por medio de un decreto los hizo dueños de los Santuarios en 1277, en cuya posesión siguieron hasta que la perfidia griega se los arrebató. Para conservar el Santo Sepulcro han debido pasar por muchas tribulaciones y han derramado á torrentes su sangre por defender la herencia del Señor.”

Por muchas otras terribles y sangrientas vicisitudes han atravesado los hijos heroicos de Francisco, sufriendo vejaciones y persecuciones, ya de sus antiguos enemigos los Musulmanes, ya de los protestantes instalados en aquella Santa Ciudad, de recientes fechas á esta parte, ya de los monjes orientales disidentes: armenios, abisinios, georgianos, y más que de todos, de los griegos cismáticos, como se sabe muy bien de las noticias que actualmente abundan, publicadas por muchos ilustres viajeros y por las narraciones de los innumerables peregrinos que de todas las partes de la cristiandad han ido á visitar aquellos Lugares Santos y han sido testigos oculares de tales hechos y de la situación angustiosa, que por escasez de limosnas guardan aquellos religiosos Franciscanos, y cuyos sacrificios son de tal magnitud, que

no es dable describir en toda su extensión. Y ahí entre esos héroes hijos del Serafín de Asís figuran para honor y gloria de nuestra católica México, seis religiosos compatriotas nuestros, todos los que inspirados en el seráfico amor y devoción de Nuestro Santísimo Patriarca, y para cumplir con el designio especial que á ese respecto los ha destinado la Providencia Divina, y á nuestro modo de ver, para desagraviarla por los nefandos y execrables delitos de nuestra infortunada nación; ellos, con un denuedo y abnegación verdaderamente sublimes, han dejado su patria, separándose de sus queridos hermanos con quienes gozaron las positivas dulzuras del hogar en sus conventos y de las deliciosas expansiones sociales, no menos que de los dilatados sufrimientos por Dios, de que han sido solidarios en la aciaga época de nuestra exclaustación... (1) Títulos de más y de inmensa valía que nos obligan á cumplir con el sacratísimo deber que de nuevo se nos inculca por Nuestro Santísimo Padre y Vicario de Jesucristo el Señor León XIII. Sí; porque estos héroes salidos de nuestra querida patria á impulsos de su grande espíritu y sostenidos por el de la santa y seráfica obediencia, después de recorrer distancias inmensas y de atravesar mares muy dilatados y llenos

(1) Los RR. PP. Fr. José M<sup>a</sup> Romo, Fr. J. Guadalupe González Valdivia, Fr. José M<sup>a</sup> Caballero de Acuña, del Apostólico Colegio de Santa María de Guadalupe en Zacatecas, Fr. Bernardino Romero, del Apostólico Colegio de Zapopan en Guadalajara, y Fr. Pascual Apresa, de esta diócesis de Chilapa, y profeso en San Salvador de Jerusalén.